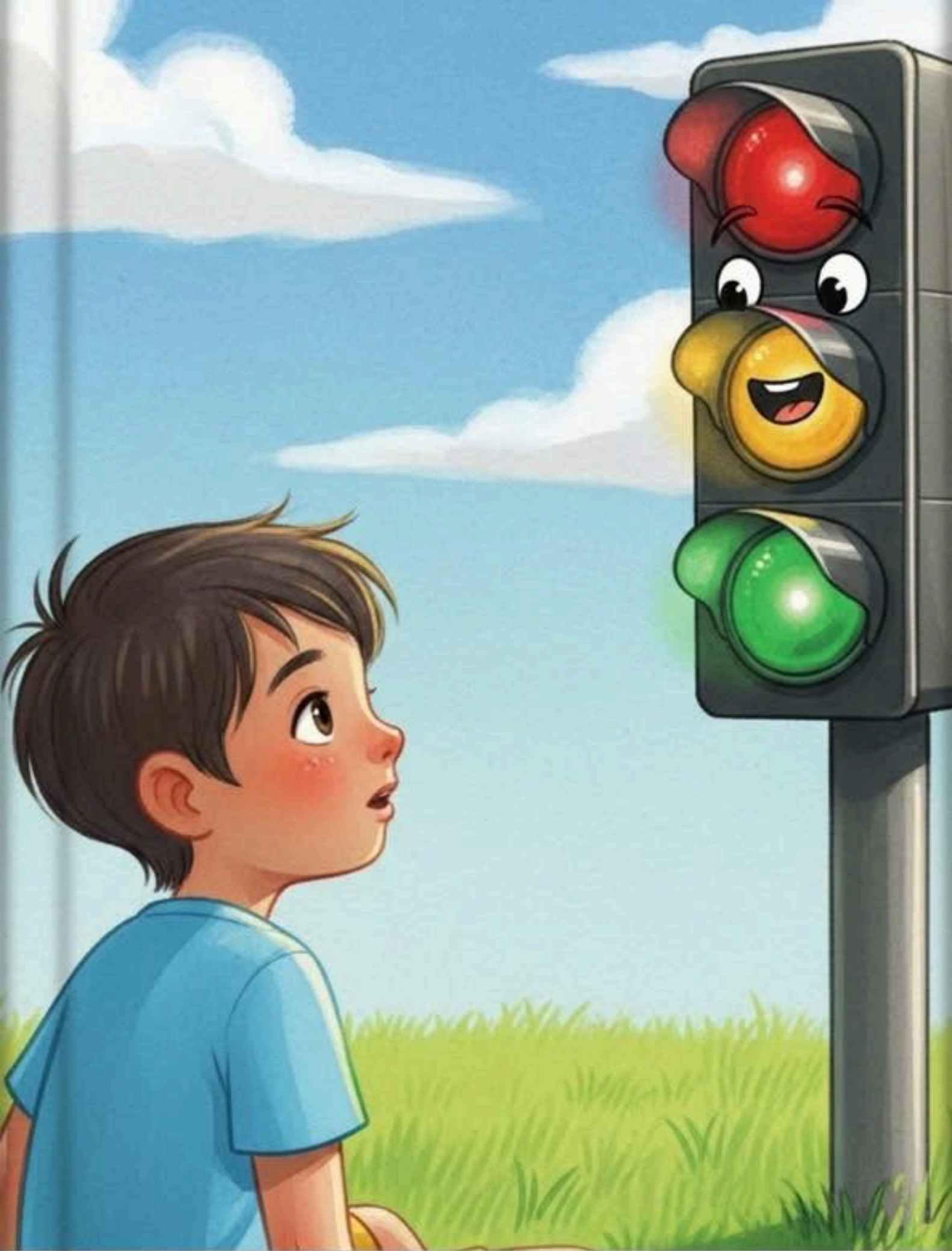




El semáforo de Tomi

De Ginna Zamudio

Tomi era un niño curioso al que le encantaba jugar en el parque. Un día, mientras armaba un castillo de arena, apareció frente a él un semáforo brillante con carita sonriente.



—Hola, Tomi —dijo el semáforo—. Yo soy tu semáforo protector y vengo a enseñarte algo muy importante sobre tu cuerpo. Tomi abrió los ojos sorprendido.



El semáforo comenzó a encender sus
luces: ● Luz roja: —Las partes privadas
de tu cuerpo (las que tapas con tu ropa
interior) son intocables. Nadie puede
tocarlas ni mirarlas.



Si alguien intenta hacerlo, debes decir
¡NO!, alejarte y contarle a un adulto de
confianza.



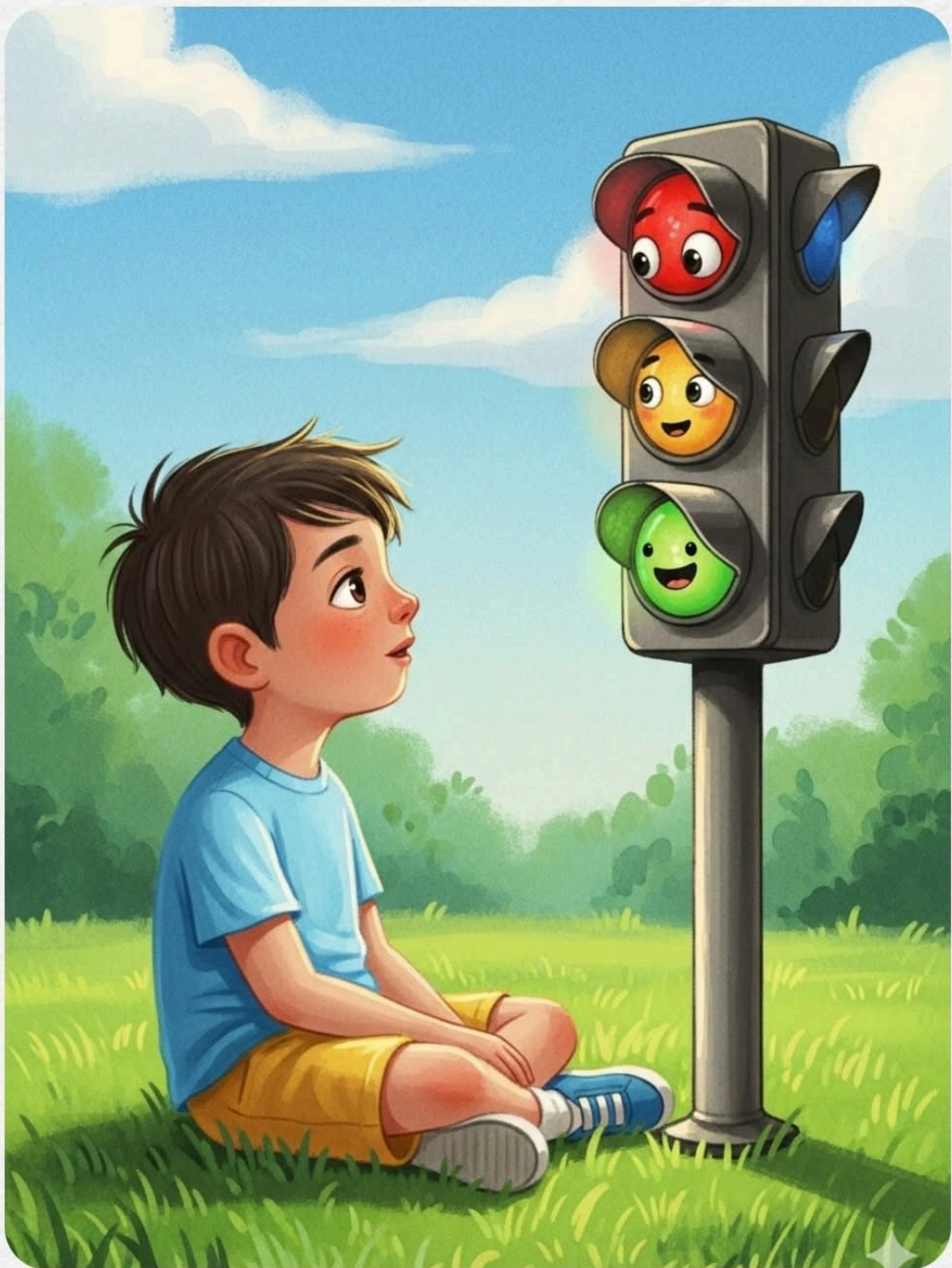
● Luz verde: —Son las caricias y gestos bonitos: un abrazo que te hace sentir feliz, un beso de mamá en la frente o un “choca esos cinco” con tus amigos.



● Luz amarilla: —Algunas veces alguien puede darte un abrazo o hacerte cosquillas que no te gustan. Si te incomoda, también puedes decir “Basta, no quiero”. Eso es cuidar tu espacio.



Esas muestras de cariño están bien
porque te hacen sentir seguro y alegre.
Tomi escuchó con mucha atención.



—Entonces, ¿mi cuerpo tiene un semáforo que me ayuda a cuidarlo? —
¡Exacto! —respondió el semáforo—. Tu cuerpo es tuyo, y tú tienes el derecho de decir sí o no según lo que sientas.



Desde ese día, Tomi jugaba tranquilo.
Cuando algo le hacía sentir incómodo,
recordaba el semáforo y sabía qué hacer:
rojo para cuidarse, amarillo para pensar,
y verde para disfrutar.



Y así, Tomi aprendió que su cuerpo es especial, único y siempre merece respeto. ✨ ✨ Y colorín colorado, este cuento ha terminado, y el semáforo del cuerpo siempre lo ha cuidado.

